

Para una espiritualidad ignaciana al “modo laical”

Juan Miguel “Potxi” Zaldúa, SJ

I - Laicos y jesuitas

A medida que los jesuitas vamos profundizando nuestro “sentir con la Iglesia”, como impulso espiritual que contextualiza y proyecta la contemplación “para alcanzar amor” al salir de los Ejercicios Espirituales... a medida que vamos profundizando el compromiso por el Reino y evaluamos el camino que ha recorrido la Compañía de Jesús desde que optó por “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”... y a medida que nos vamos haciendo conscientes de la necesidad y bondad de ir al encuentro del otro “en su cultura” (inculturación) y “en su religión” (diálogo inter-religioso)... hemos entendido que estamos llamados a ser “hombres para los demás y con los demás”, y que esta disposición vocacional configura una identidad creyente y un talante apostólico (una ‘espiritualidad’) que es “gracia” y, como tal, sólo puede ser acogida y vivida en su “transitividad”, es decir, al compartirla con los demás.

Esta ‘moción’ del Espíritu nos permite descubrir un “signo de los tiempos” en el clamor eclesial del laicado por revelar la Iglesia en su verdadera fisonomía de “pueblo (laos) de Dios”, y nos mueve a comunicar y compartir la “espiritualidad” de Ignacio de Loyola, convencidos, además, de que ello ayudará a rescatar la amplitud eclesial que tuvo en sus orígenes, así como su vigencia en nuestros días.

“Vivimos hoy en la era del laicado... Sin duda, el mismo Espíritu del Señor ha llevado a la Iglesia a descubrir, en los signos de los tiempos, este papel esencial de los laicos en la comunidad cristiana. De hecho, es evidente la creciente

presencia y actuación de los laicos en todos los sectores de la vida eclesial... Por eso una Iglesia que mire al futuro tendrá siempre ante sus ojos y en su corazón la vocación y la misión del laico cristiano, tanto en el ámbito intraeclesial como en la transformación evangélica de la sociedad.

Esta nueva situación exige, en primer lugar, de nosotros jesuitas, que hacemos profesión de sentir con la Iglesia, de sintonizar con sus orientaciones y deseos, una nueva actitud. Debemos dejar y promover que los laicos ocupen plenamente su puesto en la Iglesia... De muchos modos podemos ayudar a la formación de los cristianos, que desean cumplir fielmente su misión de testigos de la fe en la Iglesia y en el mundo de hoy... Pero ante todo, hay que ayudarles a profundizar su experiencia del Dios de Jesucristo, sin la cual todos los conocimientos teológicos y técnicas pastorales carecen de sentido y de eficacia apostólica. Para esa tarea fundamental disponemos, los miembros de la Compañía de Jesús, de un medio de incomparable valor, la espiritualidad ignaciana.

Por una parte, crece el número de cristianos laicos que se interesan vivamente por la vía ignaciana de seguimiento de Jesucristo. Por otra, los mismos jesuitas se dan cuenta, de manera nueva, de la fuerza cuantitativa y cualitativa de este movimiento de laicos, de su deseo de compartir plenamente las riquezas del legado espiritual de Ignacio y de su valor e importancia para la misión evangelizadora de la Compañía y de la Iglesia.

Ignacio escribió gran parte de los “Ejercicios Espirituales” cuando todavía no había sido ordenado de sacerdote y era un laico normal, sin pensar ser el fundador de una Orden religiosa. Como laico, durante años, él compartió su experiencia con personas de toda condición, y continuó haciéndolo hasta el final de su vida. La enseñanza espiritual de San Ignacio no es algo recóndito y reservado a algunos escogidos. Es un don hecho a toda la iglesia, un don, en definitiva, del Espíritu del Señor, para ser ofrecido y compartido con todos los miembros del pueblo de Dios”.¹

Estas palabras del P. General sintetizan una realidad, un deseo y un compromiso:

¹ P-H. Kolvenbach, SJ. Sevilla, 23.02.94

·La realidad de un laicado emergente, signo del Espíritu de Dios para nuestro tiempo, que le ofrece a la Iglesia un nuevo rostro y una renovada identidad como Pueblo de Dios, para la realización de su misión en el mundo.

·El deseo de la Compañía de entablar un diálogo que tenga como fruto la "búsqueda común para caminar juntos, bajo la guía de San Ignacio, con un mayor conocimiento y sensibilidad a la acción de Dios en nuestras vidas"².

·El compromiso de ponernos "al servicio de la misión laical ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad. Ofrecemos la espiritualidad ignaciana como un don específico para la animación del ministerio laical. Esta espiritualidad apostólica respeta la espiritualidad propia del individuo y se adapta a las necesidades presentes; ayuda a las personas a discernir su vocación y "a amar y servir a la divina Majestad en todas las cosas". Ofrecemos a los laicos la sabiduría práctica que hemos aprendido en más de cuatro siglos de experiencia apostólica"³.

Un camino ya trazado desde la CG 31^a...

Desde el Concilio Vaticano II, la Compañía de Jesús siente la llamada del Espíritu a compartir una misma espiritualidad con los laicos; lo cual no obedece a la escasez de vocaciones y disminución cuantitativa de jesuitas, sino al reconocimiento y valoración de la identidad y misión eclesial del laico como tal. Así se ha venido planteando en las sucesivas Congregaciones Generales:

La relación con los laicos debe llevar a un "diálogo" con palabras "claras, suaves, confiadas prudentes"; y a un servicio de formación (educación), de selección (líderes) y de colaboración (rol de consejeros).

Reciprocidad de ayuda entre jesuitas y laicos.

(CG 32^a, dec 2, n^o 29. CG 33^a, dec 1, n^o 47)

² P-H. Kolvenbach, SJ. Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús, 27.09.91

³ CG 34^a Decreto 13, n^o 7: Colaboración con los laicos en la misión

Los jesuitas y los laicos -> ofrecer el patrimonio espiritual y apostólico ignaciano y asumir la actitud y realidad de compañeros apostólicos.
(CG 34^a, dec 13, n° 7)

“Dar” la espiritualidad ignaciana no es lo mismo que “compartir”, es algo más. El compartir se inspira en el modo de amar de la contemplación “para alcanzar amor” -> amor operativo, comunicativo, receptivo y oblativo. La perspectiva a futuro del “compartir” será la “cooperación” y la “reciprocidad”.

a) Hacia una cultura de cooperación.

La recurrencia del verbo ‘cooperar’ y del sustantivo ‘cooperación’ entre laicos y jesuitas en los documentos de la CG 34^a, permite suponer que se trata de algo más que un mero compartir tareas y responsabilidades, ya sean permanentes u ocasionales. La recurrencia (decreto 13, n° 2.9.20.21.26; decreto 26, n° 16-17) apunta a la necesidad de crear una *CULTURA DE LA COOPERACION* que genere su propia simbólica, su propio universo de significados, su modo de relaciones, sus actitudes, sus pautas de comportamiento...

b) Desde el “diálogo permanente”.

En dinámica de *DIÁLOGO PERMANENTE* entre laicos y jesuitas, para conocer y vivir desde esta espiritualidad: “Son muchas las personas que durante el Año Ignaciano me han manifestado que la espiritualidad ignaciana es parte muy importante de su vida. Algunos me han dicho que este año les ha brindado la primera ocasión de conocer a Ignacio y su espiritualidad. Muchos me han rogado que sigamos compartiendo esta herencia ignaciana aun después de los actos que han marcado el pasado centenario. Respondiendo a este deseo, y para comenzar lo que espero será un diálogo permanente entre ustedes y mis hermanos jesuitas en sus respectivos países...”⁴

Es preciso reconocer que laicos y jesuitas tenemos en “común”: el carácter bautismal de nuestra opción de fe y la complementariedad en la misión, por el llamamiento a compartir la misión de Jesús.

⁴ P-H. Kolvenbach, SJ. Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús, 27.09.91

Pero también tenemos que entender que el "modo nuestro de proceder" (la espiritualidad "jesuítica") no es sinónimo de "espiritualidad ignaciana". No habrá diálogo ni reciprocidad posible entre laicos y jesuitas si la espiritualidad "jesuítica" y la espiritualidad ignaciana son percibidas como sinónimo. Veamos qué nos dice Ignacio de Loyola.

II – Ignacio de Loyola y la vocación laical⁵

Ignacio, durante su vida "apostólica" de laico, hizo más énfasis en la cristianización de las personas que en su incidencia en lo secular. Promovió más un cristianismo de talante eclesial que de talante secular.

Para los seglares -> vida de piedad (oración y prácticas de devoción), vida sacramental (confesión y comunión frecuentes), y ayuda a los pobres (limosnas y ayudar en hospitales). Cf. Carta de Ignacio a Antonio Enríquez (26.03.1554).

Para sacerdotes y religiosos -> vida apostólica.

Ya como jesuita, en las Cartas que escribe Ignacio de Loyola (más de 7.000) se ve con claridad:

La importancia que concede a los seglares.

La gama de personas y situaciones a las que se dirige y responde.

Los matices de su orientación pastoral.

La incorporación de lo secular, temporal y terreno, a la vida cristiana y a la acción por el Reino -> ellas son mediación de la gloria de Dios, pues "quiere ser glorificado con lo que Él da como Creador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural, Const 814.

Y de ello se desprende que la vida seglar según Ignacio consiste en:

a) Mucho servicio y alabanza del Señor:

buenas costumbres y buena doctrina

⁵ J.M. Rambla, SJ (Manresa, vol 67, nº 262, enero-marzo 1995)

vida sacramental

vida de piedad -> oración y devociones

ayudar a personas necesitadas (limosnas)

amistad y trato con personas espirituales

b) Mucho servicio de Dios y bien universal -> mover a otros al apostolado (apostolado directo e individual o colaboración con instituciones); captar seguidores y reunirlos en comunidad; vivir lo “secular” con calidad cristiana. Da también indicaciones para organizar lo secular y lograr acciones “estructurales” en las instituciones civiles (Azpeitia).

Una vida secular auténticamente cristiana se orienta por el PF -> ordenar todo (las cosas creadas) para que Dios sea alabado y servido.

c) Y todo ello como “experiencia de Dios” (“contemplativo en la acción”). Es la propuesta de la contemplación “para alcanzar amor” -> todo puede ser lugar de encuentro con Dios, Const 814.

En los Ejercicios Espirituales, para Ignacio la perfección evangélica se propone por igual para el estado religioso y para el estado secular, EE 169.189

El laico también está llamado a la perfección evangélica. La diferencia de respuestas al “llamamiento” no se corresponde con los distintos estados de vida, sino con los distintos talentos de personas. El más y el menos no depende de que se elija un estado de vida u otro, sino del mayor o menor deseo de “señalarse”, EE 18.96-97; Const 649.

Sólo las disposiciones personales, el mayor o menor deseo y contento, hace que se aboque a ellos con mayor o menor urgencia, prioridad y dedicación. Ignacio se dedica más a las personas que...

desean avanzar en una vida interior profunda
son sensibles a la colaboración material o en obras de apostolado
orientan su profesión laical como servicio al bien espiritual y material de los demás. Cf. Carta a los que son enviados a Ministerios, 08.10.1552

III - Desafíos para un cristiano laico... "al modo ignaciano"

Lo más característico de la "vocación laical" es su condición "secular" más que "eclesial". Una espiritualidad adecuada para esa condición "secular" debe inspirarse en la misma 'espiritualidad' de Jesús -a quien desde sus primeros pasos en la "vida pública" le contemplamos "movido" por el Espíritu Santo (Lc 3,22; 4, 1.14.18)- cuyos rasgos principales son:

Impulso hacia la novedad

Al empezar su "vida pública", Jesús busca en lo nuevo / novedoso -> en el profetismo del Jordán, y no en el templo de Jerusalén o en alguna "escuela" de aprendizaje de la Torah, (Lc 3,21).

Conciencia de su filiación divina

En el Jordán ocurre la manifestación del misterio de su persona -> es Hijo. Para Jesús es la experiencia de sentirse "amado-desde-antes" (predilecto) y elegido, lo cual le permite vivir desde un amor fundante, (Lc 3,22).

Necesidad de discernir y vivir eligiendo

En el desierto, Jesús se muestra buscador incansable de la voluntad de su Padre, y no está exento de discernir la cotidianidad. Querer caminar delante de Dios, en pos de su "novedad", requiere "respuestas" novedosas, (Lc 4, 1-13).

Conciencia de "enviado"

Jesús siente que hay un "para qué" en su vida; que es un hombre con una 'misión', y una misión bien caracterizada -> *missio ad pauperos*, (Lc 4, 14-21). El enviado sabe que no ha hecho una elección propia, sino que Otro le ha elegido para esa misión. Por eso Jesús vive con la mirada fija en Aquél que le envía.

Originalmente, se puede decir, la de Ignacio es una espiritualidad 'laical' y 'mundana' -> se origina teniendo como mediación humana a un seglar (Ignacio

de Loyola) sin formación teológica ni incardinación institucional. Sus rasgos principales son:

espiritualidad centrada en una “sólida experiencia de Dios”,
espiritualidad de discernimiento,
espiritualidad para un amor de comunión,
espiritualidad de servicio “comprometido” con la vida cotidiana,
profesional, los negocios, la política...

Es una ‘espiritualidad’ que estructura “ad intra” de la persona (-> da identidad) y la proyecta “ad extra” en donación y servicio (-> genera misión). En palabras de una laica ignaciana, esta espiritualidad favorece la libertad, el crecimiento en la fe, y el amor pleno (Suzan de Matteo⁶, Venezuela).

A partir de la contemplación del Rey Eternal y de la Encarnación, en los Ejercicios Espirituales [91-109] de San Ignacio, entendemos que el “contexto de realidad” que viven las personas es el detonante de la ‘encarnación’ de Dios en Jesús de Nazaret y, por lo tanto, pertenece (el contexto) a la esencia de la vocación (del “llamamiento”) del cristiano.

“Es significativa, en nuestros tiempos, la búsqueda de una espiritualidad de síntesis, porque, por muy controvertido que parezca, uno de los signos de adultez en el cristiano es el planteamiento de una realidad integrada entre la experiencia mística o espiritual, y la búsqueda de las mediaciones que hagan esto posible... De algunos de nuestros mayores hemos recibido dos convicciones de experiencia: la necesidad de una espiritualidad integrada e integradora de la realidad sociocultural, la fe y uno mismo; y la conciencia creciente de que el compromiso radical en el mundo requiere una honda vivencia espiritual” (Rosa Cubillo, CVX de España).⁷

Esto plantea una serie de desafíos y posibilidades, que encuentran en la espiritualidad ignaciana orientación y respuesta.

⁶ Presidenta de OSCASI (Organización Social Católica del colegio San Ignacio)

⁷ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

1. La posibilidad de realizarse como cristiano en el mundo (en medio de las realidades temporales) sin tener que negarlo ni huir de él.

¿Cómo lo plantean los laicos?

Cómo proceder en el mundo como cristianos, a partir de una adecuada comprensión de la realidad:

comprensión de la realidad (lectura creyente)
 asumirse como parte de esa realidad
 hacerse cargo de esa realidad (compromiso)

Cómo hacer y acontecer "políticamente" en esa realidad, para lo cual se requiere criterios de operatividad, eficacia, bien mayor, etc. y, por lo tanto, se requiere de discernimiento.

Necesidad de una espiritualidad

"La lectura creyente de la realidad, la encarnación y el compromiso, son para Ignacio tres inflexiones de una misma acción: el modo de proceder en el mundo. En los EE esto hunde sus raíces en la contemplación de la Encarnación [102-106] y, de forma implícita, a lo largo del resto de los EE culminando en la contemplación "para alcanzar amor" (230-237), donde nos propone mirar el mundo, la naturaleza, el devenir histórico, la actividad humana y a nosotros mismos, como Dios los mira.

"A mi entender, la dimensión social de los EE no habría que buscarla tanto en la letra de los mismos cuanto en la dinámica interior que provoca en el sujeto el hecho de haber sido alcanzado tan profundamente por el Señor. Dinámica que lleva a sentirse partícipe de la acción redentora de Dios en el mundo. No hay más que ver cómo, en Ignacio, la conversión a Cristo le lleva ineludiblemente, a la conversión a los pobres. "Ser puestos con el Hijo" (EE 147) no es sólo una vivencia interior, sino que se prolonga en un compromiso de vida y acción por los pobres como el que tuvo Jesús; y, como sabemos, esto le supone a Ignacio profundos costos personales e institucionales.

"La cosa se complica más aún cuando los laicos nos planteamos que una de las llamadas más legítimas y significativas de nuestra misión es a trabajar en el centro y desde el centro del mundo (centros de "poder" social, cultural, económico...). Eso sí, a favor de los más desfavorecidos; esto no es opcional si queremos ser fieles al Evangelio de Jesús. Cualquier ámbito de responsabilidad, desde la familia hasta los socio-políticos, son, de algún modo, centros de poder. Y por lo tanto, lugares donde la realidad no es neutra. O nuestro modo de proceder crece por la vía de la bandera de Jesús e incide en favor de los más pobres y excluidos, o está creciendo por la otra y se sirve de ellos" (Rosa Cubillo, CVX de España).⁸

"La formación y la comprensión de la realidad (incluyendo su mirada desde el plan de Dios): hoy en día nos encontramos inmersos en una dinámica de cambios que nos exige estar atentos a los signos de los tiempos para intentar orientar nuestro actuar hacia la mayor gloria de Dios, pero puede suceder que por desconocimiento o por incompreensión de la realidad y de las repercusiones que la misma está teniendo en los más necesitados, nos convirtamos en obstáculo para la promoción e instauración del Reino. Por ejemplo: desde la educación estamos tratando de hacer muchas cosas pero mejorar la propuesta educativa de los colegios. Esto está muy bien, pero hay quienes piensan que deberíamos centrarnos más en promover iniciativas para atender a los excluidos y desertores del sistema escolar. Ambas propuestas son muy válidas, pero a la hora de destinar recursos cuál debe privilegiarse. Ante esta realidad los laicos debemos desarrollar nuestra capacidad de discernir aquello que más nos conduce a la gloria de Dios" (Edgar Contreras⁹, laico de Venezuela).

"El deseo de unir un mundo "tan dividido", que contempla la Trinidad en la encarnación, conecta con que el amor sólo es auténtico si carece de fronteras. Esto me lleva a que la misión no se reduzca al entorno amical, sino que evangelice las estructuras en que participo. El amor medido no es tal si no se manifiesta en un "amor estructural" que sea el principal argumento de mi trabajo. El trabajo es donde paso más tiempo al día, es mi principal instrumento de transformación del mundo, y esto no sólo no puedo escindirlo del seguimiento de Cristo, sino que la vida laboral (trabajar y estudiar) es una de mis vías místicas principales.

⁸ *Ibid.*

⁹ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

“Al ser investigador social y docente universitario, una de las piezas más importantes es la elección de los temas a tratar y cómo hacerlo. Los pobres, tan presentes en la espiritualidad ignaciana, los vivo no como un “campo de misión”, sino como un ‘criterio de misión’. Y todas las misiones que emprendo, por ejemplo mi tesis doctoral, quieren verse preñadas por ese criterio. A la hora de programar las asignaturas, la opción por los pobres se convierte en un tipo de Nueva Ilustración cuyo < < siglo de las luces > > es la promoción de la justicia frente a un saber y poder que ejercen la sombra de la explotación, la dominación y la alienación” (Fernando Vidal, CVX de España).¹⁰

Desde la Compañía de Jesús:

El laico y “las demás cosas creadas”, como referencia de implicación y compromiso ‘político’.

CG31^a, dec 33, n° 2 -> sin los laicos la Iglesia no tiene cómo “hacerse presente al mundo en muchos campos de la actividad humana...”

El laico -“profeta”, pero sobre todo “político” de la opción fe-justicia- es intérprete privilegiado del PF, por ser el mejor intérprete del mundo moderno.

CG31^a, dec 28, n° 27 a); dec 33, n° 2 -> los laicos serán siempre para nosotros los intérpretes naturales del mundo moderno. Ellos nos ayudan a interpretar nuestra propia VC.

Desde la espiritualidad ignaciana -> ARDOR POR AYUDAR A LAS ALMAS

Ignacio experimentó el amor como permanente intercambio y encargo de dar. Es una mística de servicio. El ‘fin’ que da sentido a su vida y en el que desemboca toda su experiencia ‘peregrina’ de Dios es “ayudar a las almas”. Lo más concreto y lo más universal al mismo tiempo. Todo lo que sea servicio a los demás, en su realidad y en sus necesidades, en su cuerpo o en su espíritu, es la *voluntad de Dios* para él y, por lo tanto, es su *vocación*.

Este aspecto de la espiritualidad ignaciana se vive desde ese principio de realidad -evangélicamente hablando- que son *los pobres*.

¹⁰ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

La idea de Ignacio es muy sencilla: los pobres nos ponen en la lógica del Reino. El proyecto de Dios para esta historia humana se nos revela desde los pobres. Son ellos los que nos dan entrada, verdadera participación, en el proyecto de Dios. En este sentido, los pobres son los que nos ubican en la realidad, según Dios. Ellos constituyen el principio de realidad para el creyente. La realidad no se ve bien, no se capta verdaderamente, si no se ve desde los pobres. En la realidad vista y asumida desde los pobres, se juega por tanto la posibilidad de tener acceso a la verdad. Toda otra ubicación que no sea la de los pobres nos sitúa fuera de la lógica de Dios, falsifica la verdad y nos hace cómplices en la mentira del mundo (Jon Sobrino).

Cf. Carta a los PP y HH de Padua, 07.08.1547. Obras Completas, BAC³, pp. 818-819.

Cf. Instrucción a los PP enviados a Trento, 1546. Obras Completas, BAC³, p. 785.

Por eso la *opción preferencial por los pobres* es cuestión teológica antes que sociológica.

Ayudar a las almas con ‘medios’ apostólicos. ¿Cómo lo hacía Ignacio? Cf. J.I. Tellechea, Ignacio de Loyola. Solo y a pie, p. 314:

1. Antenas captativas.
2. Concientización (sensibilizar gente).
3. Juntar voluntades y manos, y organizarlas.
4. Crear instituciones / medios adecuados.
5. Buscar apoyos que garanticen estabilidad y duración a la empresa.

Esta actitud se “regula y orienta” en el espíritu del *Principio y Fundamento*, y se “expresa” en la *opción al servicio de la fe y promoción de la justicia*. El adecuado uso de los ‘medios’ apostólicos exige “amar con la cabeza” (inteligentemente).

Es una espiritualidad para la acción -> operativa, dinámica y pragmática. Privilegia la praxis apostólica en el mundo, no para negarlo ni huir de él, sino para conquistarlo para Cristo. Esta acción apostólica es la que integra dentro de sí la dimensión contemplativa de la fe cristiana; para lo cual necesita integrar FE y TALENTOS humanos con los que se interactúa con las demás cosas creadas.

2. La posibilidad de la fe mediante el seguimiento a Jesucristo (y no recurriendo a subjetivismos intimistas o exterioristas, sin rostro ni entidad).

¿Cómo lo plantean los laicos?

Pasar de una fe como "creencias" a la fe como "experiencia" de Dios:

Una experiencia de Dios como experiencia del amor gratuito de Dios.
Una experiencia de Dios que se recibe desde el "silencio" interior y desde la "realidad" iluminada.

"Desde mi experiencia de laico que asume la vida en pareja como opción y que desea "vivir" (gustando) el matrimonio y la paternidad los EE han supuesto un conocerme y entenderme desde el amor de Dios. Un Dios que me ha dado la vida y que además me ha permitido tener una familia, un hogar, salud, amigos y la posibilidad de servir a los demás. Los EE me han permitido tomarle el pulso a mi vida haciéndome consciente de mis aciertos y desaciertos y del amor de un Dios que me eligió a pesar de lo indigno y pecador que yo me pueda sentir" (Edgar Contreras¹¹, laico de Venezuela).

Desde la experiencia inmediata y personal con el 'totalmente Otro' (Anotación 15^a), hacerse prójimo y consagrar su vida a los otros (Suzan de Matteo¹², Venezuela).

"El silencio y vivenciar son dos ejercicios pilares de mi seguimiento de Cristo, practicados en la oración diaria, el examen de conciencia, las horas de reflexión y la escucha de los demás y el periódico.

¹¹ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

¹² Presidenta de OSCASI (Organización Social Católica del colegio San Ignacio)

"El silencio lo entiendo como quiebra de ese discurso interior que impide "que la vida real sea revelación" a través de las mociones más esenciales.

"Vivenciar significa sentir la vida, no sólo pasar por la vida. Es ayudar a que emerja la verdadera realidad de la vida. Este "realismo espiritual" de mirar como mira Dios la existencia, es el primer y principal hábito que aprendió en los EE mi corazón, constreñido por tantas dictaduras" (Fernando Vidal, CVX de España).¹³

Desde la espiritualidad ignaciana -> CENTRALIDAD DE CRISTO

Desde el mundo se puede hacer / tener la experiencia directa e inmediata de Dios.

Una experiencia más 'mística' que 'ascética', cuyo fruto constante es la convicción de un "Dios mayor" -> lo que Ignacio hace, experimenta y vive, le descubre siempre "algo más", Alguien mayor.

Este Dios mayor es el Dios-Trinidad -> Ignacio conoce a Dios bajo la faceta de su relación salvífica con el mundo y con cada una de las personas (cf. meditación de la encarnación).

El eje que sostiene y dinamiza la experiencia de Dios es el amor a Jesucristo, revelador definitivo de Dios Padre.

Cristo es la razón y sentido de todo, pero de un modo distinto al de San Juan de la Cruz ("esposo que invita a las nupcias") y al de San Agustín ("maestro interior que enseña sin estrépito de palabras").

Cristo es la manifestación histórica del amor de Dios, tanto en la propia vida reconciliada (EE 61), como en un mundo "amenazado de redención" (EE 102, Encarnación).

La contemplación del rey que llama a su servicio [EE 91-100] y la meditación del combate en el mundo (EE 136-148, Banderas), tiene el sentido y el efecto de

¹³ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

“ser requerido (nombrado) para algo necesario y posible”, y que además hace fecunda mi existencia.

El constante descenso de Dios-Amor a sus criaturas (EE 234-237, Ad amorem) convence y conquista a la persona para un *amor operativo* (“que se debe poner más en las obras que en las palabras”, EE 230), y para un *amor comunicativo* (“de lo que se tiene o se puede”, EE 231)

Una cristología, la de la espiritualidad ignaciana, menos cultural y más del seguimiento, menos evasiva y más humanizadora de la vida personal y de las realidades terrenas. La unión con Cristo no es tanto ‘mística’ cuanto de ‘compromiso’ con su misión histórica. Jesucristo acorta al máximo nuestra distancia de Dios y del prójimo.

El P. Jerónimo Nadal, el más fiel intérprete de su espiritualidad según San Ignacio, nos dice:

“la oración y la soledad sin medios exteriores para ayudar a las almas, son propias de las religiones monásticas... pero no de nuestro Instituto. Quien quiere soledad y sola oración, a quien le agrada el rincón y el huir de los hombres y el trato con ellos para aprovecharlos, no es para nuestra vocación; para ese tal hay cartujos... Nuestra vocación nos pide más”.¹⁴

Centrado continuamente en Dios, Ignacio desarrolló una nueva forma de oración apostólica, que, a decir del mismo Nadal,

“le hacía sentir la presencia de Dios y el sabor de las cosas espirituales en todas las cosas, en cuanto hacía, en cuanto conversaba, siendo contemplativo en la acción (lo que Ignacio explicaba diciendo que hay que hallar a Dios en todas las cosas)”.¹⁵

3. La posibilidad de crecer y madurar parejos (sin desniveles entre ambos) como personas y como cristianos.

¹⁴ Monumenta Natalis IV, 673; Pláticas de Alcalá, Comentario en la Instrucción 324.

¹⁵ Monumenta Natalis IV, 651.

¿Cómo lo plantean los laicos?

Cómo ser adultos y cristianos sin oposición ni yuxtaposición entre ambos aspectos.

El diálogo “a partir del Espíritu” (en discernimiento) orienta el crecimiento personal, las opciones fundamentales de vida, el ordenamiento y maduración de la afectividad, el modo de proceder en el ámbito familiar, profesional, laboral, social... ayudando así a descubrir al Dios “adulto y para adultos”.

Necesidad de descubrir el “modo laical” de lo más vertebral de la espiritualidad ignaciana: disponibilidad, indiferencia, libertar, tanto-cuanto, magis, 3º humildad...

Reivindicar la bondad y necesidad del “maestro espiritual” (acompañante).

“El ser contemplativos en la acción: particularmente creo que los laicos corremos el riesgo de entrar en dinámicas agotadoras y envolventes en las que Dios no entra o es considerado muy poco. Esto es un rasgo característico del contexto en el que vivimos, por ello los laicos debemos desarrollar nuestra capacidad de ver a Dios en todas las cosas y de tenerlo presente como horizonte de nuestras vidas. Todos conocemos las propuestas de Ignacio de examen del día, de la oración, de tener un grupo o comunidad de referencia pero en la cotidianidad hay que hacer grandes esfuerzos para no dejarse vencer por algo tan elemental como lo es el cansancio o la preocupación por cosas cotidianas. El desarrollar un modo de orar y de vincularnos con Dios en lo cotidiano es una necesidad creciente” (Edgar Contreras¹⁶, laico de Venezuela).

Una espiritualidad que hace tanto énfasis en el ‘discernimiento’ conduce a la fe en un “Dios de adultos”, y a una determinada relación intramundana (Suzan de Matteo¹⁷, Venezuela).

“Los hombres de Dios, conforme se acercan más a Cristo, pierden seguridad en sí mismos, para ponerla en la misma relación con Dios. En efecto, el centro de

¹⁶ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

¹⁷ Presidenta de OSCASI (Organización Social Católica del colegio San Ignacio)

gravedad de la existencia se desplaza desde mi columna vertebral a la interacción misma con el Otro. Antes, cuando era más mercenario del Imperio de Dios, lo tenía todo muy seguro; ahora, creo que mi seguridad es mi constante diálogo con Él. He comprobado que cuando uno se fía y deja que la vida se lleve entre dos, se multiplican los horizontes vitales y uno parece que vive más. La espiritualidad sólo aparece con el diálogo, cuando se supera el monólogo.

“Este diálogo a todos los niveles es algo que Ignacio fue aprendiendo durante toda su vida: relacionarse consigo mismo no desde el autoritarismo de la voluntad sino en un proceso abierto de diálogo consigo mismo. Esta estructura dialógica es la forma predominante de relación presente en todos los EE: entre <<el que acompaña>> y el <<acompañado>>, entre el ejercitante y Cristo. Esta actitud me lleva a querer que mi catecismo sea sobre todo la relación con Dios” (Fernando Vidal, CVX de España).¹⁸

“Frente a tantos reclamos del mundo exterior, frente a los vaivenes del entorno que ponen a prueba constantemente nuestra afectividad, una pedagogía como la ignaciana nos permite distinguir entre los movimientos interiores (mociones) para aproximarnos a la llamada singular que el Señor dirige a cada uno de nosotros, llamada hecha desde el profundo y concreto amor por cada uno de nosotros. Este discernimiento de espíritus nos permite reconocer, en nuestra <<historia de salvación>>, la misericordia del Señor y su amor que cura, reordena nuestra afectividad y la prepara para escoger entre la bandera del mundo y la del Señor.

“... teniendo en cuenta que la vida de un laico normal se compone de familia, hijos, profesión o trabajo, actividades de todo tipo y un sinfín de servicios posibles, el discernimiento se convierte en aquel instrumento que nos permite valorar nuestras intuiciones según la misión que Dios nos confía y confirmar posteriormente la bondad del camino elegido” (José M^a Riera, CVX de España).¹⁹

“La experiencia de los EE ha sido clave para mantenerme firme en el deseo de vivir mi ser cristiano desde la perspectiva de Ignacio, en cuanto me aporta elementos para asumir el día a día, en el que se presentan múltiples situaciones en las que entran en juego las convicciones personales, las exigencias de la vida en

¹⁸ Testimonios. Páginas de los seglares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

¹⁹ *Ibid.*

pareja, la oferta de la sociedad, la relación con los otros, el trabajo y los deseos. Los EE y el examen del día nos permiten echar la vista atrás y darnos cuentas si en este caminar vamos creciendo en el seguimiento de Jesús y la proclamación del Reino o si vamos perdiendo terreno.

“Ante el reto de la disponibilidad, la libertad, la indiferencia y el «tanto cuanto» que se nos presenta en los EE los laicos nos vemos confrontados en nuestra capacidad de conjugar profesión y apostolado, libertad y opciones asumidas, excelencia y humildad, disponibilidad y estabilidad en procura de decidir (con paz y tranquilidad) en qué vamos a gastar la vida procurando la mayor gloria de Dios. Sobre este particular, los laicos hemos de aprender a vivir en libertad desde nuestras opciones (en las que otras personas están directamente involucradas) y a conjugar nuestro apostolado y la profesión. Yo creo que los laicos debemos evitar la dualidad entre la profesión y su ejercicio y el servicio a los demás.

“En cuanto a nuestra disponibilidad hemos aprender a estar disponibles desde nuestras opciones, de manera que en nuestro actuar no neguemos o sintamos como obstáculos las opciones hechas. Por ejemplo: mi disponibilidad para el servicio y la atención a los colegios me supone viajar con cierta frecuencia, pero ello no puede suponer un descuido o abandono de mis hijos y esposa. En este sentido digo que la disponibilidad nuestra tiene sus matices y que los EE son experimentados desde unos parámetros que se van definiendo desde nuestra identidad.

“Por último, deseo expresarte que en nuestra condición de personas insertas en el mundo, que contamos (sin negar el amor y la bondad de Dios) con lo que heredamos de nuestros padres y con lo que hemos podido ir construyendo en nuestras vidas la respuesta al amor de Dios no se ve tan directamente vinculada al tercer grado de humildad, porque hay elementos que pesan mucho y que nos tientan constantemente a poner la seguridad en las cosas, por ejemplo: el trabajo, aun asumiéndolo como apostolado, es una fuente de ingresos económicos, sin los cuales no se pueden mantener otras cosas” (Edgar Contreras²⁰, laico de Venezuela).

Desde la espiritualidad ignaciana -> DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

²⁰ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

(El discernimiento es un modo de conocimiento hecho desde el 'corazón', desde el espíritu de la persona, desde la profundidad de su ser. Es un modo de conocimiento real, que descansa en la tendencia innata de la persona hacia el BIEN, hacia la BELLEZA y hacia la VERDAD. No es un conocimiento que niegue o prescinda de la 'razón' y del conocimiento intelectual; pero éstos no constituyen la facultad motora principal de este modo de conocimiento que llamamos "discernimiento")

La experiencia de Dios no se realiza exclusivamente en la oración ni en el retiro espiritual... sino que tiene como ámbito natural y ordinario la vida cotidiana -> a partir de la Encarnación Dios asume la cotidianidad humana = se hace un "hombre de calle" y no una "divinidad de templo".

Tanto la realidad del mundo como la presencia de Dios en este mundo, como mi lugar y responsabilidad en todo esto, requieren del 'discernimiento para...

Reconocer la voluntad de Dios, distinguiéndola de las dinámicas deshumanizadoras que se ofrecen hoy al hombre.

Reconocer en mí el combate entre lo de Dios y lo que contradice su voluntad -> las "afecciones desordenadas".

Creer en la libertad, y actuarla en opciones y compromisos.

Por eso la espiritualidad ignaciana se conoce en estos frutos:

Una persona más integrada en su interior.

Una persona más coherente y consecuente en su actuar en la sociedad.

"Buscar a Dios en todo" -> buscarlo a través de la oración era lo ordinario hasta entonces; pero buscarlo "en la acción" es la novedad que trae Ignacio. ¿Cómo es posible? Dando primacía al "saber experiencial" por encima del "saber académico". La 'experiencia' (y no la teoría) es el punto de partida.

Para descubrir la presencia activa de Dios en el mundo se requiere:

El *discernimiento* como metodología espiritual para:

buscar y hallar la voluntad de Dios

encontrar los «medios» que más conducen a la mayor gloria de Dios

El *examen de conciencia* (del "consciente"), tanto de la oración como de la acción.

Se trata de vivir la "vigilancia evangélica" (= análisis de fe de la realidad).

En la medida que el discernimiento permita «hallar la voluntad de Dios» y *elegirla* (= activar mi libertad en favor de dicha voluntad divina), se ponen a funcionar aspectos claves de la madurez humana -> libertad de elegir el 'camino' de mi vida y los 'medios' coherentes; ejercicio de la propia responsabilidad y de la corresponsabilidad histórica desde la integración familiar, el ejercicio profesional...; sentido trascendente de la existencia; dialéctica entre obediencia y libertad..

El discernimiento espiritual postula la reivindicación del «maestro espiritual» (= el "acompañante", que conoce más por experiencia que por erudición): "Inherente a la experiencia de EE y al crecimiento en Cristo por el camino de la espiritualidad ignaciana, es la confrontación, el acompañamiento personal: poner delante de otra persona mi vida para decir y escuchar aquello que yo no quiero o no soy capaz de descubrir. Es ésta una instancia objetivadora, sanante y animadora que no habría que echar en olvido al trabajar la pedagogía de la esperanza activa, de la resistencia, o de la capacidad de convivir con el misterio" (Rosa Cubillo, CVX de España).²¹

4. La posibilidad de ser-cristiano-con-otros, en contra de una opción individualista o de francotirador eclesial.

¿Cómo lo plantean los laicos?

Cómo vivir la fe cristiana y el compromiso de vida, con otro (en comunidad) y con "sentido de Iglesia".

La identidad y pertenencia eclesial es un punto débil en el laicado. Lo jerárquico de la Iglesia hace problema.

²¹ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

“¿Qué hacer para que ese centro y ese “poder” no nos corrompa? Una, sólo una de las instancias de apoyo, es la comunidad cristiana. Comunidad en cuanto fraternidad evangélica que combine cuatro elementos fundamentales:

La acogida, el reconocimiento mutuo y la fiesta, tan necesarias en nuestra condición humana.

La plegaria y la celebración que actualicen sacramentalmente el motivo último que nos reúne como amigos en el Señor.

El cultivo de una vida alternativa en el mundo, que haga creíble ante la gente de hoy nuestra identidad cristiana.

La elaboración en común de respuestas evangélicas a las necesidades más urgentes de nuestro mundo” (Rosa Cubillo, CVX de España).²²

“Lo tercero que veo que me marca es lo de la vida comunitaria, que en mi caso se concreta en la Comunidad de Vida Cristiana (CVX)... Como soy un tipo bastante individualista, me costó tiempo comprender que las misiones no son mías, sino que participo, a través de la Iglesia, en una sola misión. Y esto me emociona mucho. Primero, intento vivir teniendo como sujeto existencial el “NOSOTROS”, no sólo el “YO”... Cada persona no tiene su misión, sino que todos tenemos una sola.

“Sentir que tu acción la conjugas desde el < < nosotros > > amplía mucho el horizonte de la vida y constituye relaciones sociales fundadas en Cristo.

“Cuando en ese “nosotros” incorporo especialmente a los pobres, los ciegos, los prisioneros y los hombres de corazón roto, mi estilo de vida cobra otras direcciones.

“Segundo, la vida en comunidad se concreta en mi pequeño grupo de diez compañeros con los que voy contemplando nuestras vidas en el mundo y leyendo las distintas mociones personales y grupales, con el fin de ir descubriendo por dónde seduce el espíritu a caminar en las distintas situaciones. La Comunidad de Vida Cristiana (CVX), cuyo “código genético” son los EE, ha sido el don del

²² *Ibid.*

Señor que, después de mi familia, más me ha guiado a encarnar el Reino de Dios en nuestro mundo" (Fernando Vidal, CVX de España).²³

"El sentirnos formando parte de la Iglesia (Pueblo de Dios y Jerárquica): sobre este punto pienso que a los laicos se nos hace más difícil sentirnos formando parte de una Iglesia (puta y casta) ya que esto nos exige actuar en procura de ganar el espacio que se nos ofrece, pero que no nos sentimos tan preparados para asumir. Por otro lado, pienso que la Iglesia debemos de asumirla con sus bondades y defectos y me da la impresión de que estamos esperando que las cosas se acomoden para nosotros asumirla, esto lo digo en referencia directa a la jerarquía y todo lo que ella supone" (Edgar Contreras²⁴, laico de Venezuela).

Desde la espiritualidad ignaciana -> SENTIR CON LA IGLESIA

Nuestra fe es eclesial. Esta eclesialidad es garantía de la objetividad de nuestra fe, que trasciende nuestra subjetividad. Así como para ser personas necesitamos de la comunidad familiar y de la sociedad, para ser cristianos necesitamos pertenecer a la comunidad eclesial, como dicen los Padres: "Un cristiano sólo no es cristiano"; "quien no tiene a la Iglesia por madre no puede tener a Dios por padre"; "la fe cristiana es siempre fe *eclesiástica*" (en el sentido original de esta palabra: fe nacida y vivida en la Iglesia). "La fe del cristiano es, y no puede dejar de ser, una participación en la fe común de la Iglesia... Es en el interior de la Iglesia que el cristiano puede decir, con toda verdad: Yo creo en Dios" (De Lubac).

El texto de los EE termina con unas reglas para 'Sentir en la Iglesia', entendiéndola como depositaria de la manifestación salvífica de Dios en Jesús, para el mundo. Estas reglas pertenecen plenamente a la dinámica de los Ejercicios. Lo que pretende Ignacio con ellas es "favorecer una asimilación profunda, mística en un sentido amplio de esta palabra, del misterio de la Iglesia, la gran protagonista de la 4ª semana de los Ejercicios" (Jesús Corella).

Esta actitud eclesial comporta la vivencia dialéctica de dos aspectos importantes:

²³ *Ibid.*

²⁴ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

La autoridad y su dimensión jerárquica -> desde la "obediencia".

La "representación" inconforme y creativa -> desde la "libertad".

El sentir con la Iglesia, en nuestro contexto eclesial, como en el de San Ignacio, no puede significar sumisión mecánica a las autoridades religiosas. La expresión correcta de la actitud eclesial no nos es ofrecida ya pronta, acabada, sino que debe ser buscada, en el discernimiento, pues se trata de captar y obedecer las mociones del Espíritu Santo. Esto tendría en mente Ignacio al escribir en el proemio de las Constituciones de la Compañía de Jesús la supremacía de la "ley interna de la caridad" -ad amorem- por sobre toda ley externa, y aun "constituciones" (Const 134).

Ley interna de la caridad, libertad interior y amor a la Iglesia, constituyen la actitud eclesial previa y necesaria para el discernimiento en la Iglesia. Esta actitud posibilita el diálogo, con ánimo desarmado, de quien dice cómo se siente y oye cómo se sienten los otros. Esta actitud nos da fuerzas, también, para luchar por lo que nos parece ser la voluntad de Dios, usando de todos los medios disponibles

